

Las batallas de la Guerra de la Independencia

J.J. HERRERO GIMÉNEZ



ÍNDICE

Prólogo	9
Preámbulo: Los Hechos del Escorial	15
El 2 de Mayo	18
El Ejército Asturiano de 1808	21
Batalla del Puente de Alcolea	24
Batalla de la Poza de Santa Isabel	25
Las Acciones del Bruc	27
La Fuga del Ejército de Portugal	32
La Batalla de Mengíbar	37
La Batalla de Bailén	40
Primer Sitio de Zaragoza	48
La Fuga de la División del Norte	55
La Destrucción del Ejército de la Izquierda	64
La Batalla de Tudela	71
La Batalla de Somosierra	76
La Caída de Madrid	80
La Batalla de Rosas	83
La Batalla de Tarancón	86
La Batalla de Uclés	89
La Retirada del Ejército Británico de Moore y la Batalla de Elviña	92
Segundo Sitio de Zaragoza	99
La Batalla de Mora y Consuegra	105
La Batalla de Valls	109
La Batalla de Medellín	113
La Batalla de Alcañiz	120
La Reconquista de Galicia: de Vigo a Pontesampaio	123
La Batalla de Talavera	132
La Batalla de Aranjuez	142
La Batalla de Almonacid	146
La Batalla de Tamames	152
La Batalla de Ocaña	157
La Batalla de Medina del Campo	162
Los Sitios de Gerona	165
La Retirada del Ejército de Extremadura	171
La Retirada del Ejército del Centro	177

La Batalla de Hostalric	179
La Batalla de Vic	185
El Sitio de Astorga	191
El Sitio de Ciudad Rodrigo	194
Las Batallas del Empordà	198
La Campaña del Ejército de Cataluña 1810	203
La Defensa del Condado de Niebla	209
La Batalla de Chiclana	214
La Batalla de Fuentes de Oñoro	221
La Batalla de La Albuhera	229
El Sitio de Tarragona	236
La Batalla de Sagunto	244
La Batalla de Arroyomolinos	249
La Campaña del Primer Ejército en 1811	254
La Defensa de Tarifa	260
La Batalla de Los Arapiles	265
El Sitio de Cádiz	272
La Batalla de Utiel	278
La Batalla de Sevilla o del Puente de Triana	281
Las Campañas del Séptimo Ejército: las irreductibles guerrillas	284
Las Campañas del Tercer Ejército	298
La Campaña del Primer Ejército en 1812	304
La Batalla de Castalla	310
La Batalla de Vitoria	315
La Batalla de San Marcial	326
Las Campañas del Ejército de Reserva de Andalucía	331
La Conquista de Monzón, Lérida y Mequinenza	335
La Batalla de Tolosa	341
La Conquista de Pamplona y Bayona	349
La División Mallorquina	356
La Campaña del Primer Ejército 1813-1814	360
Las Campañas del Segundo Ejército	366
Los Prisioneros Militares	368
Los Prisioneros Civiles	376
La Marina en Guerra	380
Fernando VII en Valençay	387
Bibliografía	401

Prólogo

La Guerra de la Independencia fue el conflicto bélico que tuvo lugar en España en el marco de las Guerras Napoleónicas que azotaron a la Europa de principios del siglo XIX. En nuestro país, esta contienda tuvo unas características propias y que cambiaron la manera en que los franceses y europeos, en general, tenían de ver la guerra. A lo largo de este libro, vamos a explicar no solo las batallas y acciones de combate más importantes que tuvieron lugar en los seis años de guerra, sino que analizaremos la evolución del ejército español, la relación con sus aliados británicos y portugueses e, incluso, las particularidades que la guerra tuvo en las diferentes partes del territorio. Veremos cómo, de la nada, se puede crear un ejército. Pero también cómo se puede destruir. Examinaremos los aspectos políticos, como la profunda división política que surgió entre liberales y absolutistas y la proclamación de la primera Constitución española en Cádiz; o los sociales, como las consecuencias de la guerra sobre la población civil o el destino de los prisioneros, tanto españoles como napoleónicos. Obviamente, también trataremos de profundizar sobre algunos sus mitos que han quedado en el imaginario colectivo, como el de la presunta inoperancia del ejército español, el papel de algunos supuestos héroes, el impacto de la guerrilla o la ayuda de nuestros aliados británicos.

No podemos empezar sin entender la situación del ejército español en mayo de 1808. ¿Realmente el ejército de español de 1808 era un desastre? Definitivamente, no. Se trataba de un ejército de su tiempo, típico de un estado absolutista. Si bien para acceder a los altos grados de la milicia era condición *sine qua non* pertenecer a la aristocracia, no todos los generales eran necesariamente unos patanes. Y si algunos de ellos tuvieron actuaciones muy alejadas de ser consideradas óptimas, hubo otros tantos cuyo comportamiento sobre el campo de batalla estaba al nivel de los mejores generales napoleónicos. En cuanto al ejército regular, el nivel no estaba alejado del de la media europea. De hecho, en virtud de los acuerdos de

Godoy con Bonaparte, las mejores unidades habían sido trasladadas fuera de España para combatir junto con el ejército napoleónico. Cabe destacar, por ejemplo, a la División del Norte del Marqués de la Romana, con una brillante actuación en el norte de Alemania y, posteriormente, en Dinamarca, donde les sorprendería el alzamiento fernandino. Otro importante contingente de tropas había participado en la invasión de Portugal. Así que, en el territorio patrio, quedaron las unidades menos brillantes. Como veremos, las divisiones que combatían fuera de nuestras fronteras se escaparon de los territorios en los que estaban acuartelados para venir a luchar en España. A pesar de ello, al inicio de la guerra el ejército español hubo de hacer frente a una serie de retos como, por ejemplo: la falta de oficiales para completar sus unidades, la falta de tiempo de adiestrar a sus tropas o la falta de dinero para hacer frente hasta a las más básicas necesidades de un ejército, es decir, alimentación, vestuario y armas. Un caso paradigmático es el de la caballería, donde no solo había que adiestrar jinetes para el combate, también se tenía que amaestrar a los caballos, lo que provocó que, en la mayoría de las ocasiones, las voluntariosas cargas de la caballería española resultasen más bien contraproducentes. Mención aparte merece la Marina española. La otrora reina de los mares había quedado herida en Trafalgar, pero la Guerra de la Independencia fue la que realmente terminó con ella. Bien por la falta de caudales para mantener buques y astilleros, bien por la destrucción de estos por parte del ejército invasor, la marina española quedó herida de muerte como veremos en el capítulo en el que profundizamos sobre este asunto. Cabe resaltar que la Guerra de la Independencia fue netamente terrestre, por lo que las excelentes tropas de la infantería de marina tuvieron la ocasión de distinguirse en numerosas ocasiones luchando en tierra firme

Podremos distinguir tres fases en la guerra. La primera comprendería entre 1808 y 1810 cuando, salvo honrosas excepciones como la batalla de Bailén o el Primer Sitio de Zaragoza, es la época de las grandes derrotas de las tropas españolas. Los generales españoles, valientes e impetuosos, plantean batallas campales para las que sus tropas no están preparadas. Lo que tendrá como consecuencia desastres como los de Espinosa de los Monteros, Tudela, Uclés u Ocaña. También será la época de los más terribles sitios, como los de Gerona o el segundo de Zaragoza. Los napoleónicos están desconcertados. Cualquier derrota de este calibre en otro país europeo habría significado el fin de la guerra. Pero en España se seguían levantando ejércitos de la nada, en una resistencia tan pertinaz como irracional. En el periodo de 1810 a 1812, los imperiales pasaron de la estupefacción a la desesperación. Si bien han conseguido arrinconar al gobierno español en Cádiz, están muy lejos de tener el país bajo su control. Parte de Andalucía sigue levantada; Galicia ya había conseguido liberarse del yugo napoleónico a mediados de 1809; en Cataluña, los franceses apenas poseían el terreno que pisaban; y, tras fracasar en la conquista de Valencia en 1808, gran parte del levante

había conseguido esquivar la guerra. Sin contar con que los archipiélagos balear y canario siempre fueron tierra ignota para los napoleónicos, así como los territorios españoles del norte de África. Y no debemos olvidar la tozuda acción de las guerrillas que, como termitas, carcomían la retaguardia imperial. Finalmente, en el periodo de 1812 a 1814, los imperiales pasan de la desesperación a la derrota, siendo fundamental en este periodo la presencia del Cuerpo Expedicionario Británico bajo el mando del Duque de Wellington. La batalla de Arapiles, en julio de 1812, es un punto de inflexión en la guerra, que derrumba el castillo de naipes del reinado de José I. Si bien sus tropas consiguen resistir durante dos años más, la pérdida del control del territorio es más que evidente, teniendo su pináculo en la batalla de Vitoria de junio de 1813; aunque Suchet aún será capaz de resistir prácticamente un año más en Cataluña. Las consecuencias de la guerra fueron devastadoras para España. Algunos cálculos señalan que la cifra de muertos pudo llegar al medio millón, por doscientas mil las bajas imperiales y setenta mil las británicas. Sin contar los ingentes daños en las pobres infraestructuras del país y la irrecuperable destrucción o expolio del patrimonio cultural, así como en la agricultura, ganadería y la incipiente industria.

Más allá de ello, la Guerra de la Independencia también nos ofrece nuestro particular parnaso de héroes y villanos. Personajes legendarios, algunos insólitos, otros melancólicamente humanos. Entre los napoleónicos, tenemos a la flor y nata de la oficialidad bonapartista. Excepto a Davout, por España desfilaron todos sus grandes mariscales: Lannes, Soult, Ney, Massena, Murat, Berthier, Marmont y Suchet. Algunos supieron adaptarse al particular tipo de guerra que se estaba produciendo en nuestro país, como Suchet o Soult. Otros regresaron a Francia deprimidos, desconcertados, desesperados. No entendían cómo un ejército que sufría derrotas como las de Tudela u Ocaña se volvía a levantar una y otra vez. No eran capaces de concebir cómo, en el sitio de una ciudad, al abrir una brecha en sus muros, la ciudad no se rendía automáticamente como en cualquier otro sitio de Europa. Aquí, no. Si se quería conquistar la ciudad, con una brecha no había suficiente: tenías que sacrificar a un batallón con tus mejores zapadores y granaderos y después pagar con sangre cada calle, cada casa. Aquí se dinamitaron las leyes de la guerra. El cartesiano, metódico e implacable Lannes jamás lo llegó a entender. Pero entre los franceses también hubo personajes menos conocidos que recuperaremos en las siguientes páginas: un general hervido en aceite, un par de duelistas conspicuos y hasta un tatarabuelo de Brigitte Bardot, muerto en combate durante el segundo sitio de Gerona. También veremos como la etiqueta de “franceses” para los napoleónicos se queda corta, por inexacta. Junto con el ejército galo, en España intervinieron contingentes de tropas italianos, alemanes, suizos y polacos. Algunos de ellos, realmente tropas extraordinarias, que combatieron hasta desangrarse para honor y gloria del Emperador y de José I. No nos podemos olvidar de la glo-

riosa carga de la caballería ligera polaca en la batalla de Somosierra, de los dragones napolitanos, o de los batallones de Westfalia, que lucharon hasta prácticamente el último hombre.

Tampoco vamos a dejar de mencionar a nuestros aliados británicos. Por encima de todos, destaca Arthur Wellesley, el duque de Wellington, un excelente general, algo dado al autobombo, cuyo paso por España contribuyó decisivamente a la victoria sobre Napoleón, pero que no estaría exento de reprobables reproches. Pero también veremos a oficiales de gran talla y valía, como los generales Moore o Craufurd, y a batallones valientes y abnegados, como los Highlanders. Veremos a personajes que saltaron a la literatura, como el capitán Thomas Cochrane, cuya azarosa vida inspiraría a C. S. Forester para crear al capitán Hornblower y Patrick O'Brian para hacer lo propio con capitán Jack Aubrey. Y no nos puede faltar el clásico ejemplo de oficial excéntrico británico, encarnado en el coronel John Downie, obsesionado con el Siglo de Oro español, creando una milicia de voluntarios extremeños, a los que uniformó como si de antiguos conquistadores se tratasen y que luchaba en el campo de batalla con la mismísima espada de Pizarro.

Pero la galería de personajes más completa no puede ser otra que la española. A lo largo de la guerra surgieron personajes que alcanzaron la categoría de legendarios y que han quedado en nuestro imaginario colectivo, como Agustina de Aragón o el tambor del Bruc. Generales que personificaron el espíritu indómito del pueblo español, como Palafox o Álvarez de Castro, aunque la realidad nos indique que sus dotes militares dejaban mucho que desear. Y es que el ejército fernandino padeció algunos generales verdaderamente incompetentes, como Areizaga o Venegas. Pero a su lado, debemos remarcar la presencia de otros generales sobresalientes, que supieron reponerse a circunstancias muy adversas y que consiguieron rotundos triunfos en el campo de batalla, como Reding, el Duque de Alburquerque, el Marqués de la Romana o Copons. No faltarán los guerrilleros, algunos de leyenda, como Espoz y Mina, otros menos conocidos, aunque no menos audaces, como Rovira. Y, a su lado, personajes difícilmente clasificables como Juan van Halen, el intrigante criado de Fernando VII, Amézaga, o Mayoral, el impostor que hizo creer a media Francia que se trataba de un cardenal español. En las filas fernandinas hasta luchó un descendiente de Mahoma.

España era un país con dos reyes: José I y Fernando VII; el primero odiado por una gran parte de la población española; el segundo, deseado. Desde un punto de vista militar, veremos que José Bonaparte no fue más que un espectador privilegiado en las batallas a las que asistió, siempre rodeado de mariscales enviados por Napoleón. En cuanto a Fernando, tendremos la ocasión de profundizar sobre su figura en el capítulo que dedicamos a su estancia en el castillo de Valençay. Mientras el Borbón se dedicaba a exaltar los triunfos del Emperador, en España, el joven rey personificaba la lucha contra el invasor. La eficaz propaganda fernandina lo victimizó hasta el pun-

to de mitificarlo, así que, como nos indica La Parra es su monumental biografía, a su regreso, para los españoles, Fernando VII “valía lo que les había costado”, es decir, seis duros años de guerra y sufrimiento, construyendo las bases para un reinado nefasto.

En definitiva, la Guerra de la Independencia ha dejado una profunda huella en nuestra historia. Centenares de ciudades y pueblos de toda nuestra geografía protagonizaron algún episodio, muchas veces aciago, de esta contienda. En los siguientes capítulos, explicaremos las principales campañas de los nuestros ejércitos y las más importantes batallas, si bien es obligatorio tener presente que, en otras poblaciones, como Badajoz, Mallén, Alcántara, Valdepeñas, Villafranca del Bierzo, Arboç, Lucena, Talavera de la Reina, Amorebieta o Monforte de Lemos, la guerra dejó una impronta presente aún en nuestros días. Así, trataremos de mostrar como España, entre 1808 y 1814, sufrió una de las guerras más devastadoras y terribles de su historia, donde hubo lugar para el deshonor y la derrota, pero también para la gloria y la victoria.

No podría terminar este prólogo sin un breve apartado de agradecimientos. En primer lugar, tengo que situar a Jaume Boguñà. Debería decir que este libro es también un poco suyo. Hace un par de años iniciamos un ambicioso proyecto sobre historia y falerística que espero que algún día podamos culminar y que tiene como primera parte a este libro. También tengo que agradecer a mis amigos David Alfaras y Joan Mayans su apoyo y consejo a lo largo de la redacción de esta obra. También quiero dar las gracias a Ignacio Pasamar y Francisco Medina de la editorial HRM Ediciones, por la confianza que depositan en mí y por la magnífica edición que han publicado. Y, evidentemente, no me puedo olvidar de mi esposa, Yolanda, y mis hijos, Ferran y Valèria, a quien tengo que agradecer toda la paciencia que han tenido conmigo a lo largo de estos últimos meses, y pedirles que disculpen los ratos que les he robado.

Barcelona, a 10 de febrero de 2022



PREÁMBULO. LOS HECHOS DEL ESCORIAL

A modo de preámbulo nos parece adecuado empezar por estos hechos que, si bien no pertenecen estrictamente a la Guerra de la Independencia, sí que está ligados a ella, sin mencionar que muchos de sus protagonistas seguirán apareciendo a lo largo de este libro.

Dentro de la asombrosa vida de Fernando VII, uno de los episodios más bochornosos se trata sin duda de la Conjura y posterior Proceso del Escorial. Fernando, descontento con la política desarrollada por su padre y odiando al plenipotenciario Godoy, empezó a conspirar contra ellos en la primavera de 1807. Junto con él, Juan de Escoiquiz y el Duque del Infantado alentaron al Príncipe de Asturias para que llevara a cabo sus planes. De un modo directo o indirecto, otros nobles de la más íntima confianza de Fernando y sus criados también participaron en la intriga.

A finales de octubre, Carlos IV se trasladó al Escorial, donde quería pasar el día de Todos los Santos. El 27 de octubre, el Rey encontró en su aposento una carta anónima que le advertía de la conspiración de su hijo. Carlos, para confrontar la información, se personó hasta la cámara de su hijo, donde “los mismos ojos de éste sirvieron de guía para que Carlos IV procediera a un registro que puso en sus manos varios papeles acusadores”¹. En ellos, el Príncipe de Asturias llamaba a una insurrección que lo llevara al poder, haciendo caer a su padre y a Godoy. Posteriormente, el Rey entregó los documentos al Marqués de Caballero, secretario del Despacho Universal² de Gracia y Justicia, y persona de su más íntima confianza. Godoy, enfermo, se había quedado en Madrid.

Carlos IV determinó encerrar a su hijo en una de las celdas del monasterio, además de escribir a Napoleón y publicar en la Gaceta de Madrid los

¹ Padín (2019), citando a Morayta.

² Ministro

detalles de la conjura. Esa misma noche se detuvieron a los nueve Guardia de Corps que habían estado aquel día con el Príncipe de Asturias, sus nombres eran José Santos, Antonio Huerta, Mariano Echeverría, Ángel Satoca, Francisco Soto, Juan Blanco, Antonio Pérez, José Moldes y José Gascue³. Fueron trasladados discretamente a Madrid, donde los encarcelaron. Por orden real, poco después fueron liberados y disgregados en diferentes regimientos por toda la península. El día 30, Carlos IV interrogó a su hijo y, más adelante, el Marqués de Caballero hizo lo propio. Si ante su padre, Fernando se mantuvo evasivo, con el Marqués de Caballero, Fernando delató a todos los participantes en la conjura, presentándose como víctima de los intrigantes, que lo habrían engañado y señalando a Escoiquiz como el cerebro de la trama.

Finalmente, al Escorial llegó el propio Godoy, que se reunió con el Príncipe de Asturias, que recibió al valido “con lágrimas en los ojos y los brazos abiertos”⁴. Además, escribió a sus padres rogándoles el perdón y que les permitiera “besar sus reales pies”. Aconsejado por Godoy, Carlos IV perdonó a su hijo, haciendo público su perdón a través de la Gaceta de Madrid, y ordenó encarcelar y procesar a quienes aquél había delatado.

El día 5 de noviembre, Fernando fue puesto en libertad, al menos en apariencia, ya que, desde aquel momento, sus criados fueron sustituidos por hombres de Godoy⁵. Al día siguiente, Carlos IV nombró un tribunal para juzgar a los conjurados, compuesto por los miembros del Consejo Real: Arias Mon, Sebastián de Torres y Domingo Fernández Campomames. Benito Arias de Prada fue nombrado secretario. El papel de fiscal recayó en Simón de Viegas, el más antiguo en el cargo del Consejo de Fiscales, además de ser una persona muy ligada políticamente a Godoy. Con unas duras acusaciones, Viegas pidió la pena capital por traición para:

- Juan de Escoiquiz, arcediano de Alcaraz y canónigo de Toledo
- Pedro Alcántara de Toledo y Salm-Salm, duque del Infantado, Grande España, caballero del Toisón, mariscal de campo y teniente general

Mientras que las penas que correspondieran al delito de infidelidad al Rey para:

- Pedro María Jordán de Urríes y Fuenbuena, marqués de Ayerbe, mayordomo mayor del Príncipe
- Joaquín Crespí de Valldaura Leguina, conde de Orgaz mariscal de campo y gentilhombre de S.M.
- Joaquín de Haro, conde de Bornos, Grande de España, gentilhombre de cámara de S. M., caballero mayor del príncipe y teniente general

3 Campos (2007), p. 287

4 Padín, op. cit.

5 Campos, op. cit. P. 291

- Juan Manuel de Villena⁶, militar gentilhomme de S. M., primer caballero del príncipe y Brigadier de los Reales Ejércitos
- Pedro Giraldo de Chaves, brigadier de los Reales Ejércitos y coronel del Real Cuerpo de Ingenieros
- Andrés Casaña, criado del marqués de Ayerbe
- José González Manrique, criado del duque del Infantado
- Pedro Collado, casiller de Fernando VII⁷
- Fernando Selgas, casiller de Fernando VII⁸

El personal de servicio detenido había sido llevado a la cárcel del Real Sitio, mientras que los patricios quedaron encerrados en las celdas que ocupaban en el momento de ser detenidos⁹.

El proceso se convirtió en una tormenta de acusaciones cruzadas. Si ya en su día, el Príncipe de Asturias había sido el encargado de abrir la veda de las delaciones (cabe añadir que había acusado a muchos de sus criados, pero la inculpación era tan endeble que no llegaron a ser ni encarcelados ni procesados); por su lado, otros acusados como Escoiquiz, trataron de implicar a otros notables, como al Duque de Montemar, al Marqués de Castelar y los hermanos Palafox¹⁰.

A mediados de diciembre, al tribunal se agregaron los siguientes miembros del Consejo Real: Gonzalo José de Vilches, Antonio Villanueva, Antonio González Yebra, el Marqués de Casa-García, Andrés Lasauca, Antonio Álvarez Contreras, Miguel Alfonso Villaguez, y Eugenio Álvarez Caballero (que falleció al cabo de pocos días)¹¹. La sentencia se falló el día 25 de enero de 1808. Todos los acusados fueron absueltos al no haberse presentado pruebas sólidas que justificase una condena. El veredicto fue una bofetada para Carlos IV. Se negó a aceptarla y, usando una prerrogativa real (de hecho, presionado por Godoy y por la Reina), mandó al destierro a los acusados:

- El Duque del Infantado eligió Granada, pero el Rey lo cambió por Écija
- Escóiquiz, fue enviado al convento del Tardón, en Constantina (Sevilla)
- Conde de Orgaz, fue confinado en Valencia
- Marqués de Ayerbe, eligió Barcelona, pero el Rey lo sustituyó por Catalunyaud

6 No deja de ser sorprendente su acusación, en tanto que estaba casado con Josefa Álvarez de Faria y Pinedo Lobo, prima hermana del mismísimo Godoy.

7 De éstos, Escoiquiz, el marqués de Ayerbe y Pedro Collado acompañarán más adelante a Fernando VII en su exilio a Valençay.

8 Según el diccionario de la RAE: Mozo que antiguamente sacaba y limpiaba los bacines y orinales en palacio.

9 Campos, op. cit., p. 289

10 Parra (2010), p. 139

11 Una detallada narración del juicio, la sentencia y el listado de jueces y acusados lo encontramos en "Comunicación de Bartolomé Muñoz dirigida al Diputado General de Álava remitiéndole la sentencia del Proceso de El Escorial", fechado el 8 de abril de 1808.

- Conde de Bornos, a Logroño
- Juan M. de Villena, a Barcelona
- P. Giraldo, a Córdoba
- J. González Manrique y F. Selgas, fueron enviados a Castañal (Asturias)
- A. Casaña y P. Collado, a Zaragoza¹²

Cuando el Rey le comunicó a su hijo las decisiones que habían tomado, el Príncipe de Asturias se postró a sus pies y abrazando las piernas de su padre, le agradeció el perdón. Después, se abrazó cariñosamente con Godoy. Al futuro Rey de España, no le importaba humillarse de aquel modo ante sus enemigos. Sabía que pronto tendría la oportunidad de vengarse. Los reyes y Godoy tenían motivos para estar furiosos. Desde el primer momento, Fernando había ganado la partida de la opinión pública. En Madrid y hasta a las afueras del Escorial, hubo manifestaciones a su favor¹³. El proceso, en definitiva, reforzó al partido fernandista, que tardó menos de dos meses para llevar a cabo el Motín de Aranjuez, que significaría la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV. Otro de los damnificados del juicio fue el fiscal, Simón de Viegas, Tras el motín de Aranjuez, estuvo a punto de ser linchado, al ser considerado un godoyista. A pesar de que intentó congraciarse con Fernando, éste lo desterró a Toledo. Poco después, se trasladó a Francia, donde sufrió una calamitosa situación económica, hasta que José I le pidió que regresara a Madrid, donde fallecería en 1810.

EL 2 DE MAYO

Fecha: 2 de mayo de 1808

Lugar: Madrid

Resultado: Revuelta española sofocada por las tropas francesas.

Antecedentes:

En octubre de 1807 se firma el Tratado de Fontainebleau entre Manuel Godoy, en nombre de Carlos IV, y Napoleón. En él se estipulaba la invasión militar conjunta franco-española de Portugal y se permitía para ello el paso de las tropas francesas por territorio español. En virtud de este acuerdo, en febrero de 1808, tropas francesas ocuparon sin oposición las plazas fuertes de Figueres, Barcelona y Pamplona. En días posteriores, entrarán otras ciudades como Burgos y Salamanca, dominando no sólo las comunicaciones con Portugal, sino también con Madrid. La sociedad española no tarda en percatarse de las verdaderas intenciones de los franceses, que no es otra que la de invadir España.

¹² Campos, op. cit., pp. 294-295

¹³ Alonso (2015), p. 61